



LA RÁBIDA

REVISTA COLOMBINA IBERO-AMERICANA

Redacción y Administración, SAGASTA, 51

AÑO IV.-N.º 35

31 MAYO 1914

HUELVA

DIRECTOR PROPIETARIO: JOSÉ MARCHENA COLOMBO

Galdós en América

El artículo que á continuación transcribimos del brillante cronista E. Gomez Carrillo, pone de manifiesto á nuestros ojos, el intenso amor que en aquellas tierras despierta todo lo que vá unido al nombre de la Patria Española. Galdós es un prestigio de la raza, quizás el de mas valor, y en su homenaje que ofrendan á la Patria común, españoles y americanos, ponen todos los efluvios de sus almas y todo el desprendimiento de que es capaz la hidalguía y el sentimiento del alma ibero-americana.

«Algunos telegramas recibidos por el maestro Moya, hacen ver la emoción que causa en los principales centros literarios hispano-americanos el «caso» de Galdós. Los Ateneos, los Círculos, los grandes periódicos, se disponen, en Buenos Aires, en Montevideo, en Santiago, á secundar la empresa del Comité de Madrid. Pero esto, que es mucho en sí, no es nada comparado con la emoción oscura de la masa. Porque es el alma entera de América la que se ha estremecido al saber que el patriarca de la literatura española, el mago en cuyos libros han aprendido á leer tres generaciones de americanos, el más gran representante del tesoro común del habla castellana, se halla en tan triste desvalimiento. Esto, que no lo dicen los despachos, se ve en los periódicos humildes de los pueblos pequeños, en los «Ecos» de las provincias remotas del trópico, en los «monitores» de las villas que aún desconocen el ferrocarril, por las faldas de los Andes.

Yo recibo algunos de esos órganos de la opinión transatlántica. Unos me vienen de Colombia, del fondo ignoto de Colombia; otros del Perú, no de Lima, no, sino de las

provincias; otros de Méjico; otros, del Ecuador; otros, en fin, de las seis Repúblicas del istmo. Pues bien; todos esos papeles que se ignoran entre sí en absoluto, parece que se hubieran puesto de acuerdo para demostrar la pena profundísima con que consideran el «caso» de Galdós, y el grandísimo entusiasmo con que desean contribuir á la obra reparadora. Hasta los mejicanos y los ecuatorianos, que viven una tragedia espantosa desde hace tiempo, parecen olvidar un instante sus perpétuas visiones de sangre, para volver la vista hacia el patriarca afligido. ¡Ah! ¡Y con cuanta elocuencia,

con cuanta ternura, con cuanta sencillez, todos aquellos compatriotas lejanos del gran don Benito duélnense de sus dolores! Hay en algunos artículos sin firma, escritos por plumas más habituadas á los combates de la política local que á las fiestas del arte, frases hermosas y profundas que debieran llegarle al alma, no solo á Galdós, sino á España entera.

«En circunstancias como esta—dice un diario de Barranquilla—es cuando sentimos que si América y España no son ya un solo país, los americanos y los españoles continúan siendo un solo pueblo, para el cual las penas son comunes y los deberes morales unos y únicos.»

Otro periódico, muy modesto de aspecto, publica estas líneas, que merecen ser meditadas:

«Lucha España en África, sufre á veces catástrofes y duelos, y no parecemos nosotros ni notarlo ni sentirlo. Sufren nuestras Repúblicas de conmociones sanguinarias que desgarran sus entrañas, y la madre patria parece que no quisiera ver en ello sino lo ridículo de los generales, más numerosos que los soldados. Pero llega un momento, como el actual, en que un Galdós, encarnación del carácter hispano, necesita cariño, y en el acto los de aquí sentimos de nuevo nuestra sangre española hervir en las venas.»

Más, á decir verdad, no son las observaciones como éstas, no son las bellas frases de los literatos, lo que más me conmueve en la «pequeña Prensa» de América, sino las manifestaciones ingenuas, que reflejan de un modo fiel el



Doctor don José Vicente Concha
Presidente electo de Colombia

sentimiento de las poblaciones modestas.

«El primer día que me sentí orgulloso—decía hace años el gran Kipling—fué cuando me dí cuenta de que los rudos «farmers» del Canadá no ignoraban por completo mi obra.» Este orgullo, Galdós, es el único que en el mundo de habla castellana puede tenerlo. En las más remotas comarcas de América, en las aldeas de las sierras, en las plantaciones de las llanuras trasandinas, en el centro mismo de la selva, en donde hay un grupo de hombres que saben leer, en fin, el nombre del patriarca es siempre conocido, admirado y venerado.

«Para ser igual á Cervantes—dice un peruano, el señor Martínez—no le faltaba al creador de «Doña Perfecta» sino la consagración del dolor y del infortunio».

Y agrega:

«Más lo que á él le engrandece, haciéndolo el igual del más grande, á España la disminuye, demostrando que sigue siendo la misma tierra ingrata para sus glorias.»

Este es en toda América el sentimiento general: un gran entusiasmo por Galdós, una emoción de solidaridad de raza para acudir á la reparación y—preciso es confesarlo—un poco de tristeza ante la imagen del país en donde los toreros mueren millonarios y los artistas, cuando no emigran, viven más cerca de la miseria que de la opulencia.»

E. Gomez Carrillo.

Huelva, nuestra ciudad, ha donado su ofrenda por conducto del Ayuntamiento, pero no basta ello, el goce que eso nos proporciona es colectivo y el homenaje que se tributa á Galdós es más íntimo, necesita que todos, absolutamente todos, contribuyan con su modesto óbolo á libertar de la miseria y de la usura al universal y glorioso literato don Benito Pérez Galdós.

A la satisfacción íntima que produce el cumplimiento de un deber es á lo que deben de aspirar todos los onubenses, y deber, y de los ineludibles, constituye el asegurar la vejez al autor de los Episodios Nacionales.

LA RÁBIDA, secundando la iniciativa del colega local *El Reformista* se ofrece á todo cuanto pueda contribuir al mayor esplendor de la suscripción abierta en sus columnas por la decana de la Prensa local.



Desde una altura, allá por las
cerceñas de las columnas de
Hércules.

DE LAS NOTAS DE MIS RECUERDOS

Casi media el día de un naciente mes de Junio. En éxtasis mi espíritu, desde aquí te contemplo, ciudad hermosa.

¡Que bella estás en esa ondulación, cual oriental perezosa!, como mujer indolente y hermosa

que, entornados los ojos y en los labios una sonrisa, sueña al arrullo del sestear.

La miniatura de un río, festoneado en su borde por cimbreantes cañas tremolando profusión de gallardetes de verdura, exhala á tus pies un vaho á flamas, que tilila en el ambiente caliginoso de la atmósfera: semeja fantástico pebetero ofrendándote incienso en sutiles espirales.

En lo alto, apoyas tu cabeza sobre unos jardines llenos de misterios y convidando á amar; donde tus adoradores, en las mañanas rientes de la primavera y en las noches apacibles del estío, dan suelta á sus espíritus para que revoloteen libremente por entre las ramas de los seculares árboles.

Tu seno, lo has entregado al mar; lo has puesto en la pulquérrima arena de su orilla para que lo besen ondinas azules con flotantes crenchas de espuma.

Por tu espalda, corre una serpentina de azogue, que cosquillea en tu dorso.

Quiebra el Sol sus acerantes rayos sobre tu rostro agareno, y pone cómo una carcajada loca en aquel derroche explosivo de luz.

Avízorase una sierra soberbiamente agreste, plena de lujuria: en cuya fronda, se esconden, los dioses rústicos que te envían odoríferos efluvios de deseos.

De su base, arrancan llanuras cargadas de ubérrimas y metálicas espigas que se mueven sonno-lientas. Por ellas, veló, amorosa, la Diosa Hostilina de los romanos.

Una alta torre, cómo fornido y moreno eunuco vigila tu reposo.

Por entre un desgarrón de verdura, aparece un trozo de mar desmayado, blanquecino; apenas palpita. En su línea de conjunción con el monte Calpe, bosquejense las siluetas de unos mónstruos negros, que se duplican efecto del halo solar.

¡Que adorable estás en esta calma, ciudad querida! ¡Desde aquí te contemplo embelesado, Reina de mis amores!

En un momento de exaltación, en uno de esos instantes que el espíritu vibra, produciendo hondas sensaciones, que llevan al corazón puntos de dolor, y lágrimas á los ojos; que remueven en el alma los recuerdos del dichoso pasado, yo te he dicho: ven otra vez á mí, amada de mi vida: ven que te cifia una corona, tejida con mis manos, de laurel, mirto y pámpanos verdes; que ponga en tu pecho unas violetas y unos azahares; y en tu frente pura, una diadema, de una mariposa con alas policromas, y unos pensamientos.

¡Deja que te vista de colores varios con hojas de flores!, poniendo jazmines, claveles y rosas, lirios, azucenas, divinas gardenias y malva olorosa; que

haga una guirnalda trenzada de juncia adornándola con nardos, jacintos y dalias, acaciax, bogonia, níveos crisántemos y lindas magnolias; y para tus manos, sensibles camelias en hermosos ramos.

A tus pies, olivo y palma cruzada: un lecho de helecho á tu alrededor; para que Cupido, tirando



Colombia: Detalle del Panorama de Bogotá

sus inútiles dardos, abata sus alas y caiga á tu lado rendido de amor.

Y envuelta en perfumes, así engalanada, llena de colores, adormida así; pero que me oyeras, ¡un canto del alma, dulcísimo canto, entonarte quisiera!

Con cristal de Bohemia en cuerdas muy finas y arco de oro, una lira quisiera yo hacerte, á la que mis dedos arrancaran notas divinas, que, cual canto angélico, pudiera ofrecerte.

Con argentinos hilillos de celestial melodía y el metal santificado de tu campana vibrante, quisiera hacerte una lira que cantara todo el día, la noche toda... sin cesar nunca... siempre, constante.

¡Si, adorada mía! Cantarte quisiera, teniendo para ello la inspiración de Porpora y de Bethoven, con la musa de Zorrilla y Campoamor; y pulsando la lira, decirte: ven, amada de mis ojos; ven que te cifia una corona de pámpanos frescos que sea tu gala.

Recoger en sus cuerdas quisiera, las trepidantes notas del bramar del viento y los rumores suaves de la sutil brisa; el estallante romper de las olas y su acariciante chocar; el murmurio del río y el susurro de la fuente; los arpejos de los pájaros y los besos de las hojas; el imperceptible crujir de la germinación y el roce del abrir las rosas.

Y con todo ello, componerte un poema, un himno, un raudal de cantos, un sin fin de estrofas.

¡Y cantarte siempre... hasta que muriera. . hasta que no aliente..! Que pulsando, pulsando las cuerdas, fuera mi último suspiro, la última nota que recogieras, del canto de este pobre ausente.

Que cómo Pierrot, por su Colombina, ¡cantando...

cantando y muriendo .. muriendo... de las manos cayera mi lira...!

Francisco Muñoz Patricio.
(De la Colombina Onubense)

Ayamonte.



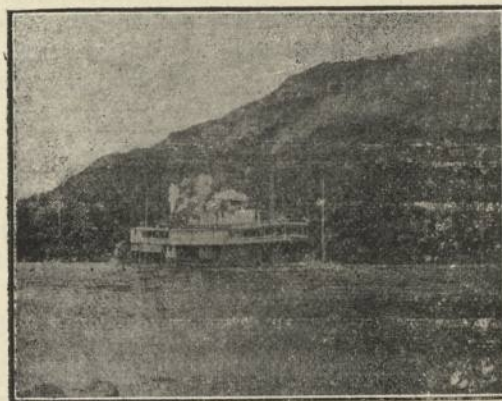
La Nueva Conquista Española

EN AMÉRICA

Hispania la aguerrida é incansable descubridora y conquistadora, la de los grandes destinos que fuera, la inagotable formadora de nacionalidades, á costa de su propia sangre, la que un día detuvo arrogante el carro del sol, haciéndolo su vasallo, para que alumbrara sus tierras sin cesar, así monopolizando la luz y el calor en sus bastos imperios orientales, esa Nación, aún no ha llegado al fin de su carrera de grandeza y de conquistas; pues su historia le exige y sus intereses le demandan, para que realice á toda costa otra nueva y más eterna conquista; mejor dicho, la reconquista de lo que por abandono é incuria, más que por cansancio y fatiga en la lucha, dejóse arrebatar de manos mercenarias.

España, por la raza, por su gloria y por su propia existencia, necesita reconquistar en América el perdido poderío de su grandeza moral; ó sea el cariño firme y sólido que cimente sobre bases cada vez más eternas, lo que sembró hace siglos, surcando con su espada las entrañas de las tierras Americanas, y regándolas con su sangre civilizadora; y cuyos frutos de madre fecunda hoy muestran con orgullo, los hijos de sus descubridores y conquistadores.

La reconquista española en las antiguas colonias, no es exclusivista ni odiosa, no va contra nadie sino á favor de todos, no destruye ni siembra rencores, sino que coopera al acerbo común de la civilización y del progreso, con su contingente valiosísimo de energías y de valer, dando nuevos



Colombia: Río Magdalena

soldados para las modernas luchas, las del trabajo, del músculo y de la fibra que vigorizan y del talento y de la ciencia que alumbran los caminos del progreso, con la luz de el saber en el que España, jamás fué la postrera, ni aún en sus siglos de guerrera, pues mientras la espada abría los bosques seculares, el arado surcaba las tierras, el evangelio amansaba las fierzas del salvaje, y el sabio formaba las más antiguas Universidades Americanas.

Hoy día España, desterrado su poderío político, más que por los errores de gobierno que es injénito en todas las razas colonizadoras, por la lógica sucesión y adelanto del tiempo que robustece y forma hombres á los que jamás debieron estar condenados á ser eternos niños, hoy más que entonces, tiene derechos y obligaciones que cumplir, por una ley de lógica y natural continuidad.

La madurez del tiempo por un lado, que disipa rencores fermentados en horas de lucha, y el cada día mayor desarrollo de la ciencia de investigación histórica, y que hace que á la luz meridiana de la calma y del cálculo, se analicen hechos, que á simple vista fueron juzgados con demasiada acritud, dan ancho campo á la expansión de los lazos de sangre, de comunicad de lenguaje, y hasta no poco de afinidad de gustos y pareceres.

Cuando vemos la rememoración espiritual que de España hacen los filipinos, el elemento educador y los hombres conscientes, á pesar de estar plagada la historia dominadora de España en ese extremo Oriente, de no pocos desaciertos, hijos de una política calcada en la aberración fanática, nos afirmamos más en la creencia, de que España puede esperar mucho más del imperio moral de sus vínculos de raza en sus antiguas colonias, que le cupo obtener materialmente, durante su dominación política.

No es posible sustraerse á las deducciones de la experiencia práctica, y debemos tomar muy en consideración hechos, que no son ni lo pueden ser triviales; tales como ciertas manifestaciones aisladas ó en conjunto realizadas desde un tiempo á esta parte en muchos pueblos Americanos, como en la misma Filipinas. Tales son, la fiesta del doce de Octubre, la asistencia á las Cortes Doceañistas de Cádiz, la creación en Filipinas del día español, la erección de la estatua á Balboa á la entrada del Canal de Panamá por suscripción Americana, las ruidosas manifestaciones á la Infanta Isabel en la Argentina, y el anhelo con tenacidad digna de lo manifestado, de la visita rejía de don Alfonso XIII á las Repúblicas Americanas, paseo triunfal que se impone cada día más, después de la jira de Roosevelt, y del Príncipe Enrique de Prusia á estos países.

Si á estas manifestaciones elocuentes, de que el Hispanismo en América puede ser más que un ideolojismo, un hecho práctico de provechosos resultados, agregamos el desarrollo del gusto Americano cada día más creciente, por el estudio de las letras castellanas, y por conocer personalmente el suelo español, y estudiar en los archivos de la Península la verdadera historia de América, así como la frecuente é intercambiada reciprocidad de visitas entre los profesores españoles y Americanos, como la afluencia de capitales Españoles en las empresas Americanas, tendremos bien fundado el deseo, de que un día no lejano, vuelva España en América á tener la influencia moral á que tiene derecho, y que nunca debió perder, de haberse conocido mejor uno y otro pueblo.

Para que estas esperanzas no sean fallidas, y resulten un hecho lisonjero, resta aun mucho que hacer por España en sus Colonias antiguas; pues de no haber cimentado tan sólidamente como cimentó el alma castellana, en estos pueblos, echando raigambres su lengua, su sangre indómita; con el censurable abandono en que se ha vivido por espacio de un siglo, tiempo por otra parte de gestación de un rencor tan mal dirigido como injustamente intencionado, á estas horas, otras influencias hubieran destruido todo un pasado tan glorioso como difícil de reconstituir, ni aun por sus mismos detractores.

El comercio español, uno de los eslabones de el moderno vínculo de unión de los pueblos entre sí, ha vivido hasta

ahora alejado de los mercados americanos, relegado al olvido, pues si bien muchas mercancías se han traído y traen hoy á América de procedencia española; vienen en barcos y por manos extranjeras, ó lo que es de puro viejo muy sabido, traen etiqueta ó marca de otra nacionalidad; y este abuso llega á tal extremo, que el mismo comerciante español, á pesar de ser muy numerosos, pues casi todos los emigrantes españoles se dedican al comercio, importan sus mercancías de todas las naciones menos de España, aunque hacen á cada momento no pequeños alardes de sincero patriotismo, pero al mismo tiempo, los buenos deseos de proteger el fomento del comercio español, tropiezan con el no pequeño inconveniente de que esas mercaderías deben sufrir los enojosos trasbordos, pólizas, dobles derechos consulares, ya que faltan las líneas de navegación española; esto sin contar lo que debe pagar la misma mercadería por doble valor, con procedencia española y con menor tiempo de plazo, que trayendo esa misma, con etiqueta y por manos extranjeras.

Hay países como los de esta costa del Pacífico, desde Chile hasta Panamá, en donde desde hace quince ó más años, no se vé la bandera española en ningún barco de los que surcan estas aguas; y en cambio si llegan á estas playas buques Ingleses, Italianos, Austriacos, Franceses, Alemanes, y hasta Holandeses, que tocan en puertos españoles, y que son subvencionados por el Gobierno de Chile, el que en los contratos les obliga á tocar en puertos españoles; y al decir Gobierno, entiéndase bien que aludo al de Chile.

Países como Chile, no tienen intercambio de jiros postales con España, y sin embargo si los hay hasta con la China y el Japón, cuyos vapores se me olvidaba agregar, llegan también á los puertos Chilenos.

En Chile por ejemplo, hay instructores alemanes para el ejército, Ingleses para la escuadra, franceses é italianos para la enseñanza, suecos y holandeses para la educación técnica de la enseñanza industrial y agrícola, y apenas si hay dos ó tres españoles para la enseñanza de la pintura, en la Escuela de Bellas Artes.

Sin embargo, los ingenieros españoles y los médicos triunfan en el extranjero, Europa y Norte América, y son desconocidos en absoluto en estos países de América. Que más, cuando con raras excepciones sobre todo en Chile, el libro español viene de Francia, y la prensa nacional desconoce en absoluto los canjes con la prensa española, y toma las noticias de España, por intermedio de órganos de toda Europa menos de España misma, y cuando hasta apenas hace cinco años, no había más representación diplomática de Chile en Madrid, que la de un Cónsul general.

Hoy ya se va haciendo algo más por acercarse á España, sobre todo desde que España á entrado por rumbos internacionales más definidos con Inglaterra y Francia, á quienes muchos americanos dan el honor de ser, las educadoras de la pobre España; este es el concepto deprimente en que la incuria de los gobiernos españoles por un lado en sus relaciones con América, y por otro el pesimismo harto bien explotado del atraso de España que difundieron no pocos, ha hecho carne en muchos americanos de talento, los que cuando vayan á España, se fomenta el turismo Americano y la conozcan y estudien á fondo, irán desmintiendo mal que les pese á los de odios mal intencionados y peor dirigidos. La futura expansión del comercio y de las fuerzas vivas de España por un lado, y por otro el desarrollo del turismo Americano á España, para estudiarla y conocerla en el propio suelo; y no poco, algo menos de hurañismo y desconfianzas por parte de españoles y Americanos, reali-

zarán la obra de la raza, reconquistadora para bien de todos, de los vínculos prácticos de solidificación é intensificación del alma española en América, y de la Americana en España, ó sea la reconquista de América por los españoles y de España por los Americanos.

Javier Fernández Pesquero.
(De la Colombina Onubense)

Santiago de Chile Mayo 1914.



Monumento á Vasco Núñez de Balboa

El comité constituido bajo la presidencia del Sr. Ministro de Estado y del que forman parte los representantes Diplomáticos en Madrid de las repúblicas ibero americanas, el Sr. Rodríguez San Pedro, Presidente de la «Unión Ibero americana», como primer Vicepresidente, y el Sr. Duque de Amalfi, Jefe del Gabinete Diplomático del Ministerio de Estado, como Secretario, trabaja con gran actividad y fruto para llevar á vias de hecho la iniciativa de erigir un monumento á Vasco Núñez de Balboa en las inmediaciones del Canal de Panamá.

En la última reunión celebrada por dicho Comité, se dió cuenta de la suma suscrita hasta la fecha é ingresada ya en parte en cuenta especial que al efecto tiene en el Banco de España dicho Comité, ascienden á 186.082'99 pesetas, faltando aun datos de la cantidad con que contribuirán algunos Gobiernos de América, que todavía no lo han manifestado, y de muchas de las suscripciones iniciadas en las Repúblicas del Nuevo Mundo de nuestro origen, por los Representantes Diplomáticos y Consulares de España.

Entre los acuerdos tomados en dicha reunión, figura el de estimular la apertura de suscripciones en las principales poblaciones de la península y de América, siguiendo el ejemplo iniciado en muchas de ellas por los Representantes hispano americanos en España y los de España en el Nuevo Mundo y por las delegaciones de la «Unión Ibero Americana» y otros Centros americanistas.

Todo hace preveer que el homenaje proyectado en honor del insigne descubridor del Mar del Sur, revestirá las amplitudes necesarias para no empuñar la gran hazaña que se trata de conmemorar.

Biblioteca de "La Rábida" (1)

Hemos recibido:

Revista madrileña, «Obras Públicas», mes de Abril; «Boletín del Ateneo Hispano Americano» de

(1) Está á la disposición de cuantos soliciten revistas ó libros, sin más que dejar un recibo. Nuestro deseo no es otro que difundir la cultura y propagar el ideal ibero-americano.

Buenos Aires, mes de Abril; «Boletín mensual de Estadística Municipal» Buenos Aires, Abril; «Revista Gráfica» París, Mayo; «Fray Mocho» Buenos Aires, Abril; «Caras y Caretas» Buenos Aires, Abril; «P. B. T.» Buenos Aires, Abril; «Revista de la Asociación Wagneriana de Buenos Aires» Febrero; «Juventud Argentina» Barcelona; «Madrileñillos» Abril; «Los niños de España y América» Madrid, Abril; «La Alhambra» revista granadina, mes de Abril; «Ilustração Portuguesa» Lisboa, Abril; «El Distrito» Aracena, Mayo; «El Mediador» Alicante, Marzo; «Unión Ibero-Americana» mes de Abril, Madrid; «Boletín de la Real Academia Gallega» Coruña, Mayo; «Boletín del Centro de Información Comercial del Ministerio de Estado» Mayo; «Colombia» Cádiz, Mayo; Boletín de la «Asociación de Viajantes del Comercio y de la Industria de Barcelona» Enero y Febrero; «España en Africa» Madrid, Abril; «España y América» Mayo, Cádiz; «La Voz de Fernando Póo» Barcelona, Mayo; «El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid; «Revista Bimestre Cubana» Enero y Febrero, Habana; «El Herald de Figueras»; «Cultura Hispano Americana; Madrid, Mayo; «Boletín Oficial de la Liga Marítima Española» Madrid, Marzo y Abril.



EL TESORO DEL CONQUERO

Yo no soy, ni he sido, ni seré nunca pintor, de aquí que ignoro si los caballeros de la paleta y del pizel tienen o nó por costumbre someter á metódica clasificación los distintos paisajes, las soberbias vistas y los hermosos panoramas que ante sus miradas de artista extiende sin cesar la gran maestra, la pródiga Naturaleza.

Por mi parte, dedicado, aunque sea contra mi voluntad á quehaceres más prosáicos, y tal vez por la fuerza de la costumbre, tal vez por aquello mismo de que no soy del gremio de los Murillos, Rembrandt, Greco y Vandyck, al contemplar por vez primera un paisaje, cedo al impulso de la clasificación, y le señalo su grupo, fatándome poco para darle un número, una serie y hasta colocarle su etiqueta correspondiente.

Se me dirá que ésto es imposible, que no hay dos paisajes iguales, y á este reparo contesto que tampoco hay igualdad entre dos individuos de una misma familia, de una misma raza, y sin embargo son susceptibles de clasificarse y agruparse, y del mismo modo los paisajes y los panoramas.

Mirándolos en conjunto, sin descender á detalles que individualizan, dejando á un lado la cuestión de tamaño relativo y pormenores de menor importancia, ¿quien no ve parecido entre la Bahía de Rio Janeiro y la de San Sebastián, y si se quiere también la de Nápoles?

¿Quien, que los haya visto, quien, que los haya habitado, no ha encontrado puntos de contacto y semejanza esencial entre las salitreras de Atacama, las pampas Argentinas y el gran Oceano?

Y este parecido no se limita al orden material, existe también en la influencia moral que ejercen esos parajes sobre el alma humana: el mismo parecido. Esa nostalgia especial que se apodera del marino despues de algún tiempo de desembarcado, la siente también el habitante de los desiertos á los pocos meses de volver á la vida de la ciudad, y lo mismo el gaucho de las pampas, el busham del Canadá y el Beduino del Zahara.

«The call of the Bush» lo llaman los canadenses «el llamamiento de la selva», pero existe también «the call of the desert» y «the call of the sea», «la voz del desierto» y «la voz del Oceano» que reclama siempre al que se haya acostumbrado á vivir esa vida especial. ¡Y cuan fuerte, irresistible y persuasiva es esa voz! ¡Con qué fuerza hay que agarrarse y anclarse para no ceder á su llamamiento,

con qué constancia es preciso taparse los oidos con el ruido del trabajo diario y defenderse con el egido del deber á la familia, y de todas las consideraciones más poderosas, eso no lo saben bien sino los que hemos vivido esa vida y conocemos el sonido de esa voz!

Hoy todavía siento la necesidad de abandonar el tema para no pensar en la «voz» de la sirena del Desierto que me llama sin cesar.

Volvamos pues á nuestros paisajes. ¿Conoceis la Concha de San Sebastián con su diminuta bahía tan exquisitamente vaciada, su fondo de verdes y altos montes elevándose en inmensa gradería de tonos azules, grises y hasta negros á veces, bajo

los húmedos rayos del sol septentrional tamisados y refractados por su cielo variable preñado de lluvias y de galernas?

Fijaos en el formidable baluarte que la defiende de los embates del furioso Cantábrico. A la izquierda el Monte Igueldo, con su alta cima coronada por su faro y su Observatorio, no solamente le sirve de jamba de una de sus puertas sino tambien de garita de centinela donde un sábio sacerdote avisa al pescador la próxima tempestad.

La Mota con su castillo á la derecha, sagrado cementerio y monumento á la vez, dedicado á los gloriosos episodios de la valiente Easo, cobijando

á los pies la antigua Ciudad con sus calles estrechas, tortuosas y llenas de graderías y desniveles abruptos, que recuerdan las típicas callejuelas de Nápoles. Más allá Ulía, otro baluarte que defiende del lado de Francia los arrabales contra las olas desencadenadas del Oceano, y que á la par que de defensa, sirve de campo de recreo y de solaz. Y por fin, en el centro de la bahía la isla de Santa Clara con su blanca casa del torrero, isleta verde y blanca que parece una perla tal como la encuentra el pescador colocada en la concha madre.

Si nos trasladamos súbitamente desde estas encantadoras playas, atravesando en aeroplano veloz el Oceano Atlantico, llegaremos, cálido aun el recuerdo de Easo, la bella reina del Cantábrico, á las

puertas tropicales de Rio Janeiro.

Al contemplar este, tal vez el más bello y más vasto panorama que existe, reflexionamos que no otro efecto nos produciría el mirar á través de un gigantesco lente la Concha de San Sebastian. Con tan solo diferencias de escala, tenemos aqui el mismo paisaje más amplio, más ancho, más alto, construido sobre una escala diez veces mayor, con luz tropical, con tonos más vivos, pero en fin el mismo en sus rasgos principales.

Rio Janeiro tiene su Igueldo en el orgulloso Corcovado, su elevada cresta adornada de palmeras, más abrupto su flanco, y más ancha su estensa



Huelva: Un rincón del Paseo del Conquero.

base cual conviene á la mayor escala de tan sublime panorama. En el Pan-de-Azúcar tiene su Uliá y en la boca de la bahía las islas de Botafogo y Serpientes reemplazan en debida proporción la de Santa Clara.

Un paisaje ó panorama hay sin embargo que se resiste victoriosamente á mi afán de metódica clasificación. No sé si es que su principal belleza radica en su colorido, pues de facciones características tiene pocas, pero el hecho es que después de tanto recorrer el mundo con el ojo alerta para coordinar impresiones y la memoria siempre lista para establecer comparaciones, no consigo acordarme de nada con que comparar la vista de la Ria del Odiel desde lo alto del Conquero á cualquier hora del día y en cualquier día del año.

Yo vivo convencido de que los habitantes de Huelva no sospechan el valor de lo que ahí tienen en materia de belleza natural y el tesoro que encierra el Conquero, pues no de otro modo se explica que esos cabezos no estén siempre negros de artistas, pintores, paleta y pincel en ristre, á la caza de efectos de luz y de colores maravillosos.

No quisiera yo en tratar á discutir sobre si este panorama es superior ó igual ó solamente comparable con cualquier otro que se pudiera citar, lo que sí afirmo, yo el enatorado de las comparaciones y clasificaciones, es que no puede ni clasificarse ni compararse con ningún otro en ninguna parte del mundo, es una cosa aparte, constituye una clase suigeneris que á nada se parece.

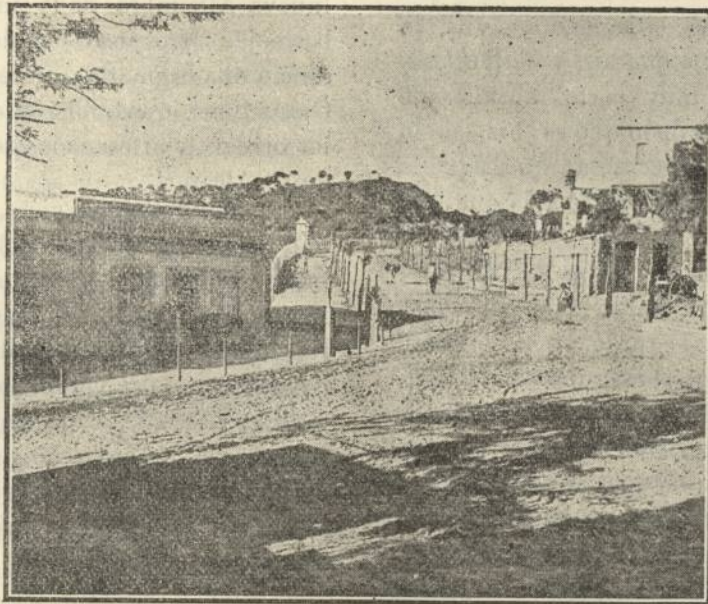
Esto en sí, le da un valor y una superioridad indiscutible, inalienable, inmortal, y que merece la admiración de todo artista, y de toda inteligencia superior. Su fisionomía especialísima y única apela igualmente al pintor, al poeta, y al físico enamorado de la luz y de las sublimes armonías de la naturaleza. Y aquí la mayor dificultad que encuentro para expresarme con lucidez, la hallo en el torrente de ideas, en la ola de admiración que provoca en mi mente la contemplación de esa paleta, de ese arcoiris, que se llama la ria del Odiel.

Forzoso es imponer un freno á la loca de la ca-

sa si se quiere describir con alguna coherencia tanta belleza.

No es preciso escudriñar mucho para descubrir la explicación de por qué la contemplación de la ría y de sus marismas excita nuestra admiración de manera tan especial y notable; es de las más sencillas. La belleza de la alta cordillera de los Andes, por ejemplo, reside en sus líneas, en su perfil, pero poco entra en ella el colorido que en general es triste, toda su belleza consiste en esa fisionomía especial, en esos contornos gigantescos de altas cumbres amontonadas unas encima de otras dominadas por el Tupungato ó el Aconcagua y que parece una obra maestra de un ciclópeo Rodín todavía sin desbastar. La bahía de Rio Janeiro, como el desierto de Atacama en su parte más elevada y bella deben sus especiales encantos á una combinación de línea

y de colorido ambos admirables, pero la ría del Odiel recibe su belleza sorprendente y única, exclusivamente de su colorido. En efecto, su horizonte comparado con el de los desiertos ó el del mar resulta mezquino, el cuadro que ofrece á nuestra vista carece de fondo, de amplitud, de anchura, de elevación; en absoluto de líneas, de perfil y de fisionomía. Su dibujo es sencillo por no decir elemental, y tan esfumado y poco marcado que to-



Huelva: Paseo de los cabezos del Conquero.

do intento de trasladarlo al lienzo no da por resultado sino un plano topográfico, interesante tal vez para un ingeniero, pero que en el alma artista no evoca la menor admiración.

¿De donde entonces este encanto especial que subyuga nuestra alma al contemplar la ría desde cualquier punto que se mire? Efecto exclusivo del colorido, resultado inenarrable de juegos de luz imposibles de reproducir, desesperación del pintor, burla del fotógrafo, y que dudo aun si la fotografía en colores algún día sea capaz de aprisionar y fijar en la plaza muticolor.

Pero no es solamente que la marisma y la ría ofrezcan un colorido especial, á la verdad ninguna de las dos tiene color propio, su mayor belleza consiste en que cada minuto, cada fracción de segundo, cambian y varían á tal punto, que suelo mur-

murar á cada momento al contemplarlas; ¡Míralo de prisa!, ¡Fíjate bien!, pues jamás volverás á verlas iguales. En efecto, son tantos los factores que entran en la formación de ese colorido que es imposible coincidan dos veces y produzcan el mismo efecto. Siendo el color la resultante de la reflexión y refracción de la luz, y variando éstas con el grado de humedad atmosférica, con la altura del sol, con el punto de observación escogido, con la hora del día, con el grado de evaporación en la marisma, con el número y magnitud de las nubes, con la altura de la marea en cada instante y la mayor ó menor superficie de la marisma descubierta, es materialmente imposible que coincidan dos veces en el mismo siglo en la misma forma, y por ende imposible del todo ver la ría dos veces igual.

Subid si nó al paseo del Conquero, mirad y contemplad hasta la saciedad la encantadora vista que os ofrece la ría y marismas, escogiendo el día, la hora, el tiempo y el sito que queráis, y despues cerrad los ojos un momento muy corto, abridlos de nuevo, y si teneis concepto de lo que es luz, de lo que es colorido, tendreis que confesar que aquella es otra nueva ría y en nada se parece á la que antes contemplábais.

Lo que no podreis decir es cual es más bella.

Si vuestra excursión ha tenido lugar por la mañana, volved de nuevo por la tarde; si la primera vez lucía el sol, escoged para la segunda una tarde nublada y el contraste sería tal que os creéis transportado á algún estuario de Holanda ó sobre las riveras del Escalda, faltándoos únicamente la torre de la Catedral de Amberes en lotanza para completar el cuadro.

No dejeis de ver, siempre que podais, la puesta del sol desde el Conquero y quedaos despues á contemplar el corto crepúsculo que le sucede. Si sois capaz de apreciar las armonías del color, vereis toda una serie de verdes que, sucediendo al rojo vivo del cieno de la marisma descubierta, ceden su lugar á otra de grises plateados, las que rápidamente se transforman en otras más plomizas, para acabar en distintos tonos de negro, y por poco que tengais alma de artista os quedareis clavado en el sitio, hasta que la oscuridad completa borra la escena de vuestra vista, cansada de belleza y harta de color.

En estas contemplaciones he llegado á comprender aquella distracción sufrida por el célebre astrónomo Padre Secchi, un gran enamorado del estudio de la luz y de los fenómenos espectroscópicos, cuando al decir misa un rayo de luz zenital vino á herir de manera especial la patena que sostenía entre sus manos dejándolo arrobado y extasiado, sin poder continuar. Bellísimos son en efecto los juegos de luz en el espectroscopio, incomparable-

mente nítidos sus colores, pero quedan pálidos é insignificantes al compararse con esa paleta de la naturaleza, ese kaleidoscopio natural, ese prisma de mil colores cambiantes que se llama la ría del Odiel.

Puestas de sol, he mirado embelesado en pleno oceano en todas latitudes y en casi todos los mares del mundo: las he contemplado con sus misteriosas medias tintas verdes, rosadas, celestes, sobre fondo de púrpura y oro en el Desierto africano, y al pié de las Pirámides de Egipto y en aire rarificado de las Salitreras á 3,500 metros de altura, enaltecidas y embellecidas por fenómenos magnéticos y eléctricos de marivillosa belleza, pero no pueden compararse con los efectos de luz que he visto, que veo cada tarde al mirar hacia Portugal, por encima de la marisma y de la ría desde los cabezos rojizos del Conquero ¡Cabezos del Conquero! Nueva Alhambra de la imaginación, dede cuyas bermejás torres medio cubiertas de vegetación presencio una orgía de colores digna de los Reyes Granadinos, que hubieran querido aprisionarlos en los brillantes artesanados de las marivillosas salas de su Alcazar!

Con ninguna otra vista, con ningún otro paisaje ó panorama he podido clasificar esa vista siempre nueva, siempre distinta, sin líneas fijas, sin fondo ni facciones precisas, pero rebosando luz, fuego y color que ofrece á diario la ría del Odiel, con sus aguas ora verdes ora azules descubriendo el fango rojizo de la marisma y besando los piés de los cabezos, rojizos también, revestidos aquí y allá de la verde vegetación de sus huertas, y salpicados de casitas blancas que sonrien al sol y entre ellas la santa Ermita de la Cinta.

DOCTOR RIMER.
(De la Colombina Onubense)



DESDE FUERA

Sr. Don José Marchena Colombo.

Mi distinguido amigo: recibí su carta con toda estimación; pues ya sabe que la dedico á los patrióticos trabajos que V. emprende con esa importantísima y docta Sociedad Colombina Onubense.

Cuando he vuelto de mi viaje, son tantos los trabajos que aquí me esperaban haciendo no pueda disponer de tiempo para escribir un artículo que intentase valer para esa tan acreditada revista LA RÁBIDA; pero si lograrse algunas horas me complaceré en poder servir á V.

Me hubiera honrado dando la conferencia que V. me indica en esa respetable Sociedad Colombina.

Queda de V. atento y affmo. amigo q. s. m. b.

El Marqués de Cerralbo.
(Honorario de la Colombina Onubense)

Madrid 8 Mayo 1914.

PARNASO COLOMBIANO



EDUARDO DE ORY-CÁDIZ

El entusiasta americanista é inspirado poeta don Eduardo de Ory, miembro de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, de Cádiz, no descansa en su obra patriótica de estrechar los lazos espirituales y materiales que unen á los españoles de uno y otro lado del Atlántico, y al mismo tiempo que derrocha un considerable caudal de energías en la revista «España y América», honra por todos conceptos del periodismo y arte gráfico andaluz, ha dado cima á una ímproba labor artística, llena de dificultades casi insuperables, cual es la colección y selección de poesías de los líricos colombianos contemporáneos, recogida bajo el título de «Parnaso Colombiano».

Para dar una idea de lo que es y significa el nuevo libro, dejemos la palabra al prologuista el Doctor Antonio Gomez Restrepo, colombiano, y al propio señor de Ory que ha compuesto un sincero epílogo explicativo á su meritoria edición.

Dice el Dr. Gomez Restrepo: El señor don Eduardo de Ory, distinguido poeta español de la nueva generación y trabajador entusiasta en la grande empresa de estrechar la unión de americanos y españoles, ha tenido la feliz idea de publicar un Parnaso de líricos colombianos contemporáneos. Solo aplausos debe recoger el señor de Ory por su oportuno pensamiento: pues la producción poética de Colombia merece ser conocida en España y en los países hermanos de la América española, de una manera menos imperfecta de como lo ha sido hasta ahora. Los poetas colombianos no han sabido constituirse en propagandistas de su fama; y el más célebre entre los modernos, el malogrado José Asunción Silva, murió siendo casi desconocido, fuera de un inteligente círculo de amigos y admiradores fervientes. Hoy mismo, el más insigne lírico entre los colombianos que viven, Guillermo Valencia, reside en una ciudad de provincia, gloriosa por mil títulos, y allí lleva una vida retirada, enteramente ajeno á todo lo que signifique exhibición ostentosa ó simple *reclame* de su persona ó de sus obras. De aquí que, en igualdad de méritos, los poetas colombianos sean menos renombrados que otros de sus colegas hispano-americanos, colocados por la suerte en escenario más ámplio y en circunstancias más favorables para dar á sus obras grande y calculada resonancia.

El autor del *Parnaso* se expresa así en su *Epílogo*: Mi amistad con un notable escritor y poeta

bogotano, Alfredo Gomez Jaime, á quien llegué á tratar mucho durante su permanencia en Madrid, los años de 1907 y 1908—donde desempeñaba un cargo diplomático—me hizo conocer bastante la literatura colombiana contemporánea, y en particular la poesía de ese país, de la que ya anteriormente había oído hablar con gran elogio, pues sus cultivadores, á pesar de que no son amigos del *reclamo*—como dice acertadamente el Dr. Gomez Restrepo—han conquistado siempre justa fama y se han distinguido entre los de los demás países hispano-americanos.»

»Ese conocimiento de la poesía colombiana—que adquirí gracias á la amistad con Gomez Jaime—me sugirió la idea de publicar un *Parnaso Colombiano*, en donde habrían de figurar los contemporáneos, ya que tendría que ser este libro una continuación de la «Antología Colombiana» publicada por don Emiliano Isaza hace algunos años.»

A continuación relata el señor de Ory las dificultades que se le opusieron para llevar á cabo su propósito, no obstante la colaboración eficacísima que le brindaron el ya citado Gomez Jaime y don Fernando Martinez, colombiano entusiasta, quienes regresaron á Colombia, abandonando a España, donde residían entonces, y privándole de su ayuda necesaria al comenzar su trabajo el autor del *Parnaso*.

Gomez Jaime y Martinez enviaron desde su patria composiciones de algunos poetas notables, pero no era bastante, y esto, unido á otras circunstancias desfavorables hicieron demorar la composición del *Parnaso* mucho tiempo.

»Seis años después de mi proyecto—sigue diciendo don Eduardo de Ory—voy, al fin, á publicar el *Parnaso Colombiano*. Bien sé que aparece con gran retraso, pero ello ha sido por causas ajenas á mi voluntad...»

»... debo confesar que no me ha sido posible, después de todos mis esfuerzos y gestiones, en contrar trabajos de varios de los poetas que cita el Dr. Gomez Restrepo en el prólogo de este libro y que son: Bernardo Cairedo, Victor, Manuel, José y Antonio Caro—hijos del célebre poeta Miguel Antonio Caro, de inolvidable memoria—Alberto Carbajal, Vicente Casas, Francisco A. Gutierrez, Abel Marín, Anibal Montoya Canal, Eduardo Talero, Carlos Nuñez, Carlos Tirado Macias y Aquilino Villegas.»

»Como mi objeto era solo el dar una continuación de la «Antología» del señor Isaza, incluyendo únicamente en el volumen á los autores contemporáneos sobrevivientes, me he visto obligado á excluir al gran Silva—cuyo nombre enaltece á toda

la lírica hispanoamericana—y á otros recordados poetas, también muy notables...»

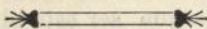
Comprende el *Parnaso Colombiano* ciento setenta poesías de ochenta poetas, siendo una bella demostración de la variedad é inspiración de la Musa colombiana.

Enviamos cariñosos plácemes al señor don Eduardo de Ory por el señalado servicio que presta con su obra á la intimidad hispano americana y á las letras pátrias.

M. Garrido Perelló.



La Bandera Colombiana



¡Salud, lábaro bello! Por tí mil campeones
cayeron degollados peleando como leones;
y mártires excelsos al verte de sudario
sonriendo recibieron los golpes del sicario.
¡Salud, lábaro bello! Magnífico tesoro
guardamos en tus pliegues: rubí, turquesa y oro.
El Gualda de la Patria simboliza la entraña;
y dice el turquí la onda, que sus riberas baña;
y el rojo que rutila, como un hierro candente,
la sangre que hace un siglo se derramó en torrente.
Naciste como Venus del mar en las espumas
y Atlante cariñoso te cobijó, en sus brumas.
Tu padre fué un coloso, su nombre tiene escrito
la Francia agradecida sobre inmortal granito.
Vencida te quemaron en una hoguera triste
más pronta como el Fénix de nuevo renaciste;
y luego victoriosa cruzaste la llanura
llevada por centauros que sembraban pavura.
Te vieron orgullosos y al par por pesadumbre,
flotar sobre un cadáver, del Bárbula en la cumbre,
y entraste majestuosa por pueblos y ciudades
rompiendo las cadenas, fundando libertades.
Flameaste con el soplo del cierzo en las alturas
y ondeaste entre el follaje de las selvas oscuras.
Y allá sobre las aguas cerúleas de Orinoco
te ungiéron los patricios con entusiasmo loco.
Por todo el continente triunfante te llevaron
y al fin en áurea cima los héroes te clavaron.
Partió Colombia un día su tierra en tres girones
y tú quedaste altiva cubriendo tres naciones.
Salud pendón glorioso, magnífico oriflama,
los Andes te sostienen, te arrulla el Tequendama.

Eduardo Posada. (1)



(1) Del libro «Parnaso Colombiano» publicado recientemente por el poeta gaditano don Eduardo de Ory.

UNA CARTA



Sr. Don José Marchena Colombo.

Mi entrañable amigo: Solo quien como tú tiene para mí la inmensidad de afecto con que pagas el mío, puede haber hecho los comentarios que LA RÁBIDA puso á los que *La Provincia* y *La Correspondencia* hicieron de mi conferencia en el Centro Telegrafico de Madrid.

Solo quien como tú ha penetrado en lo íntimo de mis pensamientos, ha podido interpretar tan fielmente la síntesis de mi vida, remedo de la tuya.

Honradez, trabajo, lucha, línea recta... Esto es la cifra de toda mi existencia. Pobres desgraciados los que no saben el esfuerzo que todo eso representa; pobres los que crean que se improvisan los principios fundamentales de las cosas. La fuerza resultante en mecánica, es siempre suma de fuerzas concurrentes.

Así como la gravitación une á los astros, la simpatía une á los espíritus llenos de sentimiento. Y el mío se une hoy más al tuyo por la exquisita expresión de tus afectos.

Hay en el último párrafo de tus comentarios un humorismo, que es para mí todo un poema «Velar por el engrandecimiento de mi tierra y de Ayamonte primero» ¡ya lo creo!

¡Ayamonte! ¡Ayamonte!

Recuerdo que entre cariñosos camaradas á fuerza de nombrarle y de hablar en lejanas tierras, de la poesía de la Ribera y del perfumado ambiente de los percheles lo hice célebre: Llegué á no tener más apellido que el mismo nombre de mi pueblo.

En cierta época en que hacía la descripción del santuario de la Rábida y sus alrededores para un tema de un Certámen literario—cuyo trabajo, á pesar de hablar de tan bellos lugares, no me premiaron—había un párrafo que terminaba así: «que orgulloso se ensimisma en la notoriedad de su nombre: es Palos.» Y todos decían á coro «Es Ayamonte.»

¡Ayamonte! ¡Ayamonte!

También encierra para tí una inmensidad de poesía el nombre. Recuerda «La Laguna» en la época en que la conociste con sus flores *cordiales y todo*, donde hoy crecen palmeras; la casa solariega; la vista de Castromarín; el Pasaje; el rio sobre cuyas aguas riela la luna que ilumina la caverna de la alta cuenca del rio arriba; aquel *terreño* saturado de olor marino, que vivifica los pulmones, mezclado con los perfumes que los jazmines y albahacas que cuelgan de los patios y azoteas exhalan, el acompasado ruido de los remos que empujan la barca que

cruza el río; y aquellas *malagueñas* cantadas, por quien sabía esculpir las....

Y yo recuerdo, con Ayamonte, mi niñez, mis padres, mis amigos, mis primeras trovas, mis estudios del Grado, el beso de mi madre cuando salía para la capital y volvía de los exámenes, mis trabajos profesionales, y hasta cuando me casé, ¡querido Pepe! lo mejor de la vida porque era juventud y amor.

El día que la audaz locomotora—como decía Montoto—llegue hasta allí, y el tráfico, relaciones, é intercambio hispano portugués tengan ese poderoso elemento de enlace, y el turismo ese medio de exploración. Llegando á Portugal por un *vintem*, y pueda ver, como Pedro de Madrazo, desde enmedio del Guadiana tres reinos: el de España, el de Portugal—hoy sería República—y el de los Cielos, entonces podrá Ayamente dar salida á sus productos más fácilmente é inundará los mercados de sus sabrosas sardinas, conservas y salazones, duplicando su tráfico anual de veinte millones de pesetas, de sus cales de inmejorable calidad, de sus sales, maderas, resinas, frutas, almendras, higos, etc.. etc., y ¡que se yo! pues á mí me parece que ese ferrocarril va á trastornar el mercado español.

Ya tu sabes que como yo, somos todos los ayamontinos, tu los conoces. De estas ensufaciones, poco sacamos; pero día á día laborando tenazmente, contribuyendo cada uno según sus medios ó aptitudes y cumpliendo sus deberes dentro de su misión respectiva, no es difícil predecir que la loca fantasía de un soñador llegue á tener realidad.

Perdona la extensión de mi carta, calamo currente te he expuesto todo cuanto siento, quiero y ansío para Ayamonte; y recuerdo, para terminar, la frase del labriego que hablaba con Carlos V sobre la gobernación del Reino: «Que si fuerdes el Rey muchas más cosas os dijera.»

Te abraza efusivamente

MANOLO.



EL TESORO DE SORBAS

Blanca de los Rios de Lampérez, la inmortal escritora que graba con su pluma monumentos de la lengua castellana, como son los artículos que avaloran su firma en en la revista «Pro Patria», ha publicado un nuevo libro que lleva el título con que encabezamos estas líneas.

Con una expresiva dedicatoria hemos recibido «El Tesoro de Sorbas» y te declaramos lector que la colección de cuentos que en él nos presenta Blanca, es de lo más hermoso que hayas podido

leer por delicado que sea tu paladar en tan exquisita materia.

A la buena de Dios, hemos escogido uno para que lo saborees, y si la muestra no te basta, por que te ha de saber á poco cosa tan buena, éntrate por los fólíos del nuevo libro y verás son canela fina «Los Reyes», «La Nochebuena del maestro», «El leoncillo», «Los Venerables» y tantos otros cuentos que no solo interesan, sino que cautivan, revestidos como están de ese ropaje todo luz con que Blanca de los Rios adorna su prosa.

«El Tesoro de Sorbas», una vez comenzado, no se suelta hasta que se acaba. Leído un cuenta, nos enredamos con el otro y con el otro; y hay que llegar hasta el final dominado por el estilo todo nervio, todo pasión, de la eximia escritora.

La producción de esa mujer asombrosa, apenas si se concibe. Cuando no tiene pendiente una conferencia en el Centro de Cultura Hispano-Americano, escribe en la prensa del Nuevo Mundo y de Europa, habla en el Ateneo; y así en labor constante la vemos actuar en todo cuanto representa cultura y arte, sin contar su asiduo trabajo americanista y su extraordinaria fecundidad poética.

Blanca, descansa, publicando libros.

Esa mujer nerviosa, menudita de cuerpo pero inmensa de alma, ha dado más gloria á las letras patrias que muchos varones exhornados con la medalla de la Academia.

Al francés, al italiano, al alemán, al danés, están traducidas las obras de la autora del hermoso estudio sobre Tirso de Molina

No hace muchos días hablábamos con Blanca en su gabinete de trabajo: sobre una mesa, revistas de todo el mundo—entre ellas y en sitio preferido LA RÁBIDA—libros, cuartillas, apuntes; un retrato de Castelar (siempre miramos con emoción el busto soberano del gran patriota) con expresiva dedicatoria, muebles artísticos, chucherías de exquisito gusto.

La conversación nos llevó á tratar de la Colombina y ya en el tema, llegamos, como de la mano, á la patria y á su porvenir, y Blanca exaltada por ese amor á España que le conmueve hasta la última fibra, habló de los santuarios de la raza con la fé de las almas privilegiadas.

Algo hubieran aprendido los políticos escuchando la disertación de aquella mujer que teniendo todas las ternuras de su sexo en el corazón, lleva en el cerebro las energías de las inteligencias más varouiles.

Al despedirnos, Blanca nos prometió visitar en compañía de su esposo el convento de la Rábida.

La Colombina los espera.

J. Marchena Colombo.

POR LA PATRIA



I

Era en los albores de la Restauración—¡ya ha llovido!—Fué una tarde de zalagarda magna en el Congreso, de tempestad tan recia, que pareció conmover cimientos de palacios. El Gobierno se bamboleaba, y el presidente del Consejo—no evoquéis ninguna de las archiconocidas siluetas de los imperantes de entonces: imaginad un ministro vaciado en la turquesa en que lo fueron los más, enano para el puesto, azorado por su pequeñez, y como asfixiado, al exterior, por su desbordante individualidad—; el presidente, así como era, salió del Congreso nervioso, aterrado, febril; saltó á su berlina particular—en días de alborotos el landó presidencial rompiase puntualmente—, y «¡á Palacio; á escape!»

En Palacio, conferencia embarazosa, posición difícil, humildad digna, lealtad inquebrantable á prueba de continuidad en el Poder, pordioseo altanero, sacrificio incondicional... ¡Todo por la patria!

Un tanto alicaído y orejigacho salió del Alcázar Su Excelencia; pero, repuesto «incontinenti», hizo pesar su majestad sobre Francisco, su leal cochero:

—¡A casa del duque, sin rodear, volando!

Y en casa del duque—ex ministro de oposición—, conferencia, es decir, «agarrada gorda», que duró hasta muy dadas las doce de la noche; de una noche crudísima de Diciembre, en que el cielo era de plomo; el viento, del de Guadarrama, insuflador de pulmonías; la temperatura, «muy» bajo cero, con tendencias á la templanza precursora de las nevadas grandes. De casa del duque salió Su Excelencia furioso, vibrante, con el estómago exhausto y la cabeza echando bombas.

—¡A la Castellana, ya sabes, y á la carrera, Francisco!— chilló el presidente; y la berlina arrancó desempedrando.

II

Al hotel de su propiedad, que en la Castellana habitaba cierto conocidísimo prócer, llegó el ministro exánime, descoyuntado, «para en sábanas de agnardiente», que decían nuestros abuelos.

—¡Soberbia jornada, Perico! ¡Una «debacle» para el Gobierno, para el partido entero! ¡Pero yo no cejo tan pronto! Quedan recursos, soluciones... Mira, dame algo que comer y que beber. ¡Estoy muerto! Desde que almorcé, á las once, y deprisa, no pruebo bocado; y... ¡va á dar la una!—mirando al reloj de la chimenea condal.

Perico, el prócer dueño del hotel, llamó á escape á sus criados, y allí, junto á la chimenea abarrotada de leña, en improvisada mesita, sirvióse al ministro copiosa cena, compuesta de fiambres—por imposición de la hora y la premura—, regada con jerez y «champagne» de marcas «súper», y

coronada con un resucitador ponche á la romana, obra maestra del cocinero del conde.

Y mientras arriba crepitaban los troncos en ignición bordándose de filigranadas cenizas, empenachándose de llamas rojazules, exalando oleadas de calor vivificante; mientras hervía el «champagne» en las blasonadas copas de diáfana «muselina», abajo, en la Castellana desierta, alumbrada tétricamente por las lengüitas amarillentas del gas, que temblaba entre los empañados vidrios de los faroles irradiando en el glacial ambiente nebulosos halos opalinos, todo era frío y desoladora quietud.

Del lado del Hipódromo soplaba un huracán de hielo que hacía silbar y crujir las secas ramas de los árboles, y, voltijando en las espirales ciclónicas, comenzaban á bajar copos y copos de nieve que rápidamente ensabanaban el suelo y perfilaban en blanco verjas, árboles y cornisas. Francisco, el cochero de su Excelencia, que tampoco probó bocado en todo el día, bostezaba de hambre, temblaba

de frío en lo alto de su pescante, y, puesto de pié en él, pateaba en las tablas con inquietud y se frotaba violentamente las manos, á fin de entrar en calor á fuerza de movimiento. «Milord», el caballo, su pobre compañero de frío y de ayuno, moviase también inquieto y levantisco; por su pelambre lustrosa corrían largos estremecimientos: irritábase el golpeo furioso de los glaciales copos, y encrespaba la crines y agitaba la cola, sacudiéndose relinchador, trepidante, haciendo tintinear la reluciente barbada y las chapas y hebillas de los flamantes arneses. Compadecido el auriga de su pareja de esclavitud, sacudíale blandamente con las riendas la nieve que se le cuajaba en los lomos, dirigiéndole por

lo bajo pullas joviales ó crudas imprecaciones, viriles desahogos de compañero de cadena.

Entretanto, arriba seguía engullendo y trincando su Excelencia, y en el silencio de la noche, honda y glacial, sobre la acolchada blandura de la nieve, percibiase con claridad el cliqueteo de platos y copas, el taponazo del «champagne» y alguna que otra exclamación ó carcajada sonora de los prohombres que peroraban en el entresuelo de un pabelloncito muy cercano á la calle. Dos frases, sobre todo, llegaron distintas á los oídos del aterido automedonte: «Sacrificios crueles...» y «por la patria»; y como en el estómago y en la médula sintiera el infeliz morderle el ansia de aquellos «sacrificios» á que se entregaba su amo.

—¡Recuerdo, «Milord!»—bufó más recio de lo que la prudencia pedía—. ¡Tú y yo sí que nos sacrificamos aquí á obscuras por la pastelera patria que á éstos les llena la andorga.

III

Y seguían adentro escanciando, fumando, «haciendo patria», y afuera seguía nevando, nevando sin trégua, y el viento del Guadarrama arremolinaba los copos, que agitán-



Blanca de los Rios de Lampérez.

dose en loca danza por el espacio, caían y caían de golpe, sesgos, con furia, «á mantas», á capas y capas que se amontonaban blandamente por suelos, árboles, bancos y faroles, por techumbres, balcones y cornisas, por todo resalto ó voladizo, contorneando la pobre arquitectura de aquellos hotelitos mal traducidos del francés.

Con el intenso frío de la madrugada comenzaba á helarse la nieve, cuajándose en sutiles cristallitos que se pegaban al levitón del cochero, á su esclavina de pieles empapada por la nieve derretida al calor de su cuerpo, á sus luen-gas patillas rubias y á su rasurado labio, donde se cuajaba en polvo cristallifero el vaho intermitente de su respiración fatigosa.

—¡Recontra, y qué condená ventisca, y qué pinturera nieve ésta!—pensó el cochero, más que pronunciarlo, en su desesperado aguardar—. ¡Y los de adentro componiendo la patria con saliva, mientras á uno se le cuaja aquí la sangre!

Pero tales imprecaciones no salían ya á su labios ataridos: soltábalas el hombre en sus adentros, sintiendo los párpados tumefactos cerrarse pesadamente sobre sus apagados ojos; y allá en lo profundo de su ser veía Francisco en el desván de la cochera en que vivía con su madre á su flaca viejecita de cabellos de plata rezar inquieta y asustada por el ausente, revolviendo el rescoldo apagadizo en que vaheaba débilmente el pucherillo con la cena de los dos... Lástima del propio suplicio, impaciencia y compasión por el de su vieja, protesta contra la dura esclavitud; todo esto sumado en impulso hondo, bravío de angustia y de rebelión supremas, levantó el pecho del cochero como ola impetuosa que sube y se hincha pronta á estallar; pero que no estalla, y oprime, y ahoga, y afixia... Luego, una quietud mansa, creciente, invadió sus miembros, adormeciéndolos en sopor blando y como untuoso y suavísimo. Con los ojos cerrados y la respiración anhelosa, Francisco se sentía envuelto en opresor abrazo frío, glacial, interminable. Sintióse embargado por un marasmo invencible que él vagamente definía como una «borrachera de nieve», y mareado, ofuscado, ebrio de veras, se sintió caer, sin tregua, como si el mismo fuese un copo de los que le envolvían, en una negrura honda, sin fondo...

IV

—¡Francisco, Francisco! ¿Te has dormido, hombre?—gritábale el ministro cuando, ya al despuntar el tardo amanecer decembrino, salía caliente y armado de «soluciones salvadoras» del confortante gabinete del conde.

Y viendo que el llamado, hecho un terrón en el pescante, no se movía ni contestaba.

—¡Animal! ¿Estás borracho?—tronó Su Excelencia oprimiendo el brazo del Cochero, que con las riendas tensas entre los dedos crispados manteníase agarrotado, los pies contra la delantera del pescante, la espalda contra el techo de la berlina.

Al tocar el brazo rígido del pobre mozo, y al ver su cara blanca, marmórea, escultural, y en sus ojos, trágicamente abiertos, cuajado el espanto de la mirada extrema, el jefe del Gobierno retrocedió vacilante, horrorizado, con odio y desprecio de sí mismo.

Del libro «El Tesoro de Sorbas».



MADRIGALES

TU NOMBRE

I

Soñé contigo en dulce desvario,
y, despierta á los rayos matinales,
escribí con el dedo en los cristales
tu nombre sobre gotas de rocío;
y al desgarrar el congelado velo
á la lumbre del sol ví, cielo mío,
que era tu nombre azul el mismo cielo.

TU Y YO

II

Yo soy la pobre flor que en el estío
sobre el ardiente polvo se consume:
sé tú la blanca perla de rocío,
y yo te daré en cambio mi perfume.
Si es mar de llanto la existencia mía,
tú eres rayo de sol; mírate en ella,
y en tanto que amanece eterno día,
si yo la noche soy, sé tú mi estrella.

Bianca de los Ríos.



BIBLIOGRAFÍA

Sobre Fronteras y Consulados.—Así se titula el nuevo libro dado á la publicidad por el prestigioso Consul de Colombia en Cádiz D. J. M. Pérez Sarmiento.

Sus entusiasmos por la carrera diplomática le han llevado á exhumar curiosos textos del Archivo de Indias que transcribe en su libro y á tratar sobre añejas contiendas que sobre delimitación de fronteras sostiene Colombia con los países vecinos.

Ponderar el libro no hace falta cuando su autor es artista y literato; esas cualidades tienen forzosamente que reflejarse en su obra.

La Instrucción Pública Primaria en la República Oriental del Uruguay.—Constituye una estadística detalladísima de las condiciones en que se desarroya esta enseñanza en la República Oriental del Uruguay.

Burla Burlando... D. Francisco Rodríguez Marín el erudito prosista y castizo escritor pública en su libro diversos episodios é historietas á cada cual más amenas y entretenidas y todas ellas con el sabor agradable que da la erudición sin empacho, el primor de estilo y la corrección del lenguaje.



Una pregunta interesante

El ilustre diputado don Fernando López Monís que tantos afectos tiene entre nosotros, no solo por lo mucho que admiramos la figura eminente de su señor padre el Excmo. Sr. D. Antonio López Muñoz, nuestro insigne paisano, sino por lo mucho que vale y por las grandes simpatías personales que le adornan, ha hecho una pregunta en la Cortes de verdadero interes para España en sus relaciones mundiales.

El Señor PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor López Monís.

El señor LOPEZ Monís:

y se habla del equilibrio del Mediterraneo y se mienta la «tríplice» y se alude á la «entente cordiale», sacando la cuestión de su verdadero terreno, que es, repito, á mi modo de ver, el mútuo desarrollo de los intereses intelectuales y comerciales, como punto de partida para consolidar en lo futuro una sincera armonía con la Nación hermana, la cual puede ser para italianos y españoles fuente de ulteriores y provechosos desenvolvimientos.

Es preciso, repito, que la opinión no se extravíe, y ello debe cuidarse con mayor celo en España, donde por desgracia no suelen formarse ni van los Gobiernos á remolque de la opinión, sino que generalmente es la opinión la que va á remolque de los Gobiernos; y yo me permito recabar del señor Ministro de estado, ya que no declaraciones terminantes, por lo menos una manifestación categórica que fije el sentir del Gobierno de S. M. acerca de la cuestión que trato, para que no se malogre un generoso intento y una noble iniciativa, lo cual puede hacerse sin perjuicio de que el Gobierno español, y para ello le requiero en el Parlamento, preste su más decidido concurso á cuantas actuaciones se produzcan al objeto de hacer más sólidos y más prácticos los trabajos emprendidos.



D. Fernando López Marín, Diputado á Cortes y elocuente orador.

No necesito afirmar por mi parte que yo estoy más interesado que nadie en que no sea estéril ni se frustre la labor iniciada por unos cuantos hombres de buena voluntad á los que desde el primer momento he sumado mi concurso tan modesto como entusiasta. No cedo en eso á nadie la supremacía, ni es menester que haga protestas de amistad hacia Italia, que me dió la hospitalidad de su suelo y las enseñanzas de sus aulas, infundiendo en mi espíritu estímulos de gratitud imperecedera.

Y llevado este fraternal movimiento al punto de vista que en buena hora guió á los iniciadores, yo pido al Gobierno, y me propongo excitar su celo, si fuese necesario, la

protección y el apoyo para toda iniciativa parlamentaria ó extraparlamentaria, que procure el desenvolvimiento de las producciones similares españolas é italianas con vistas á los mercados de América, en lo que consientan, claro está, nuestras leyes económicas. Y además, y esto es más importante aún para nosotros, yo me atrevo á preguntarle si es llegada la hora de que realicemos una acción emparejada con Italia en lo que se refiere al magno problema de la emigración al Sur de América, que, siendo el mismo problema para nosotros que para los italianos, dándose en análogas circunstancias, con igual intensidad y con el mismo vuelo, sigue siendo para España una vergüenza, una desgracia, una pérdida de sangre y una constante depauperación, al paso que los ita-

lianos, merced á las leyes sabiamente dictadas, y rigurosamente cumplidas, lo van convirtiendo en algo, gracias á lo cual Italia se descongestia y se enriquece.

Respecto á este punto, llamo especialmente la atención del señor Ministro de Estado y espero su satisfactoria contestación.

(Muy bien, en la Cámara).



AVANZANDO

La labor incansable que el gran español don Rafael M.^a de Labra viene realizando, desde hace muchos años, con una perseverancia ejemplar, va cristalizando en hechos

Del último discurso pronunciado por el eminente orador, alma del movimiento ibero-americano y que tuvimos la satisfacción inmensa de escucharlo, entre los aplausos entusiastas de toda la Cámara, copiamos los siguientes párrafos:

En el orden mundial, señores, no hay ningún pueblo contemporáneo que pueda tener una representación en América cual España, que cuenta en aquellas tierras 80 millones de almas que hablan su idioma, que tienen su misma religión y su misma historia, y que dá una nota característica en el mundo civilizado.

En estos últimos cinco años se han verificado transformaciones grandes en el continente transatlántico, donde la emigración española ha aumentado en términos verdaderamente fabulosos. La población española de América emigrante ó instalada allende el Atlántico, representa la cuarta ó quinta parte de nuestra población total á fines de 1913, dato de fuerza y vigor que no ostenta ninguna otra Nación. Allí, en América, se ha producido en el grupo de los españoles una variación grande de sentimientos. Lo decía el señor Ministro de Estado, el mismo hecho se producía en América respecto de España y se ha venido acentuando desde 1910. Hay allí cierta compenetración del español y el americano para todos los actos que son propios de la vida nacional, se trata de cerca de cuatro millones de españoles repartidos en todo el mundo americano, no al azar y á la ventura, sí en razón de grandes intereses que están identificados con las corrientes locales y municipales, hasta el punto de que se les permite formar parte de las Corporaciones concejiles sin renunciar á su nacionalidad de origen. (Bien)

De este modo se determinan los fenómenos á que acabo de aludir, desenvolviéndose y produciéndose los españoles en estas dos tendencias. De un lado, acentuándose en toda América las Asociaciones y Corporaciones de beneficencia, de instrucción, de cultura, etc.; este movimiento que se inicia en Costa Rica, se fortifica en Cuba y va corriendo por todo el continente americano para llegar á formar un gran centro federativo.

De otro lado, las agrupaciones españolas que aspiran á tener una representación en nuestras Cortes, en el Senado ó en el Congreso, afirmando constantemente el anhelo de influir en nuestra administración interior, con representantes en los Consejos de emigración, colonización, extensión comercial, penitenciario y de Instrucción pública, así como en la Junta de valoraciones y aranceles.

Pero ese gran movimiento americanista, no váyais á creer, Sres. Senadores, que es cosa tan sencilla y fácil como la que se pinta en los brindis y banquetes, cuando aquí confraternizan españoles y americanos. Me limito por ahora á señalar esas dos direcciones. No la discuto. Sólo las señalo, con motivo del reciente Congreso de españoles de la Argentina y de una Asamblea análoga de Cuba.

Esta evolución de intimidad hispanoamericana tiene raíces más hondas, viene engendrada por una labor secular

que nace allá por el periodo de 1810, cuando los Diputados americanos llegan á colaborar en aquella grandiosa é impecable obra de las Cortes de Cádiz, donde se produce este hecho hermosamente consolador. Los Diputados nacionales admiran, consagrando con su aplauso, á las gentes venidas de América, educadas, cultas y admirablemente preparadas para aquella bellísima obra de fraternidad hispana.

A su vez los diputados americanos se sienten rendidos de gratitud ante tan cariñosa acogida, á la par que advierten de qué modo España, ya que educados fueran en los centros de instrucción por nosotros creados en América, les dió todas las armas espirituales y de cultura que entonces ofrecía el mundo civilizado. (Muy bien).

Y acontece que á partir del fausto suceso del Centenario de Cádiz la rectificación de erróneos prejuicios se va acentuando y se consolida á medida que con mayor intensidad se estudia nuestra obra colonizadora en América.

¿Se pueden pasar en silencio estos actos?

Y no quiero decir nada de lo que vale ese doble hecho, ya perfectamente conocido en todos nuestros centros economistas y financieros: de un lado la importancia de los capitales hechos por Españoles en América, traídos á la Península para la Península, para el desarrollo materia y económico de ésta; de otra parte, la cuantía de los capitales peninsulares que de algunos años á esta parte, se colocan en los negocios americanos.

Por esto entiendo que es necesario ir con toda urgencia á la reforma del Ministerio de Estado, dividiéndolo como se ha dividido el Ministerio italiano, en Centro de la política americana, de una parte, y al lado el Centro director de la política europea. Aparte del Centro de la política oriental. Para esto es necesario también la reforma en la representación diplomática. ¿Para qué? Para que de esta suerte se lleve á América una nota especial, característica de nuestro singularísimo interés y nuestra competencia en asuntos trasatlánticos. Esta nota la sostendrán representantes que se aclimaten en aquellos países, y allí dieren, y allí asciendan y allí perdieren, constituyendo un elemento prestigioso, constante y permanente, de la vida nacional.

El gravísimo conflicto producido en Méjico por la iniciativa de los Estados Unidos, y del cual no quiero hablar ahora, llega en este instante á un punto de capitalísima gravedad, dando ocasión á una iniciativa pacifista y trascendental de tres grandes Repúblicas sudamericanas. En el Gobierno norteamericano el Presidente acepta perfectamente este ofrecimiento, y como también lo acepta Méjico, y se produce ese hecho que ha de tener gran transcendencia en la vida total internacional del mundo contemporáneo.

Entendedlo bien, Sres. Senadores, esto se realiza en el instante en que el Presidente Wilsón (hombre respetable, en quien yo tengo tanta confianza), realiza dos actos de tal extensión, que merecen ser especialmente considerados. Yo que he leído el mensaje de Wilsón á las Cámaras de los Estados Unidos, sobre Méjico, creo este Mensaje, equivocado; no basta lo que allí se expresa para justificar la agresión á Veracruz. Tampoco reconozco las influencias muy discutibles que pesan sobre los políticos de Norte América y sobre la masa apasionada que aclama la pretensión de Monroe, desnaturalizada en el curso de la segunda mitad del siglo XIX. Pero es bueno que se diga ahora como el Presidente acepta este requerimiento de las Potencias americanas, con lo cual une otros dos actos de verdadera transcendencia: de un lado, eleva al Senado un Mensaje, y éste lo aprobará esta

misma tarde, proponiendo la derogación de aquella cláusula sobre la explotación del Canal de Panamá, en la que el Gobierno de los Estados Unidos había cometido el error de reservarse el monopolio de Panamá, contra los tratados que había hecho con Inglaterra hace veinticinco ó treinta años, considerando como de cobotaje el comercio que los Estados Unidos realizaban por el Canal de Panamá. Y otro es que en este momento también se ultima por el voto de los Estados Unidos y de Colombia la rectificación plena á Colombia, desagráviándola de pasadas injusticias, de pretéritas vejaciones con motivo del mismo Panamá.

Yo no discuto estas cosas, las señalo; y digo con toda franqueza que si he visto con gran pena la iniciativa de los Estados Unidos en la agresión á Méjico, doy gran aplauso á los iniciativas de las otras Potencias, y pregunto al Gobierno y á la Cámara: ¿es que estos actos, estas iniciativas de las Potencias, no merecen demostración de simpatía, por todo lo que nos interesa en estos asuntos del derecho internacional, que tanto han de contribuir á la paz y á la tranquilidad de esa América, que después de todo, recuerda nuestros mismo carácter? Si de esto no se ha hablado en Francia, ha sido porque las Cámaras no estaban abiertas, pero esto ha sucedido en Inglaterra y en Alemania, donde se han manifestado grandes simpatías y grandes deseos de prosperidad y progreso para esas Repúblicas americanas.

SUELTOS

Ha sido agraciado con la cruz de María Cristina por su brillante comportamiento en el combate de Leguelda nuestro paisano el Primer Teniente de Caballería don Luis Hernandez Pinzón.

Felicitemos al pundonoroso militar, por la recompensa tan dignamente obtenida y hacemos extensiva la felicitación á su hermano el-corresponsal de nuestra revista en Alcazarquivir don José Luis Hernández Pinzón.

Nuestro querido amigo, don Lorenzo Cruz Fuentes, Director del Instituto General y Técnico de Huelva, ha tenido la desgracia de perder á su virtuosa hermana la señora de don Leopoldo Dominguez.

El afecto que profesamos al señor Cruz y la amistad que nos une con el señor Dominguez nos hace tomar parte en el sentimiento que embarga á nuestros amigos á los que enviamos el pésame.

Ha sido nombrado corresponsal en Huelva de la importante revista «Gaceta del Comercio» que se edita en Madrid, nuestro estimado amigo D. Francisco de la Corte y Jiménez.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el artículo que con el título «El Tesoro de Conquero» y bajo el pseudónimo del Dr. Rymer, publicamos en este número, debido á la pluma de un distinguido ingeniero que está al frente de una importante Compañía.

El que tiene esa manera de ver y describir, es un verdadero artista, y LA RÁBIDA se congratula de una colaboración, que, aparte los talentos reconocidos de la persona que colabora, se complace en ver las bellezas de nuestra tierra, quizás más sentidas, y esto lo decimos con pena, por el que la visita ó accidentalmente la vive, que por muchos de los que han nacido en ella.

El final del artículo que recomendamos, es la paleta de un pintor; desde los cabezos de la Cinta hasta el mar, todo está allí, pueden verlo cuantos quieran en estos amaneceres ó en estas tardes de verano, subiendo por el paseo de Conquero.

DELGADO Y COMPAÑÍA

(Sucesores de DELGADO HERMANOS)

COMERCIO AL POR MAYOR

Coloniales, Cereales, Vinos

TELEGRAMAS: LAZO